

y llevando insignias enhiestas, como si ejerciera mando supremo, y se fue en busca de Manlio. Llegó á juntar unos veinte mil hombres, y recorría las ciudades, seduciéndolas y excitándolas á la rebelion; por lo que siendo ya cierta é indispensable la guerra, se dió orden á Antonio de que marchara á reducirle.

A los que habian quedado en la ciudad de los fascinados por Catilina los reunió y alentó Cornelio Lentulo, llamado por apodo Sura, hombre principal en linage, pero disoluto y desarreglado, y expelido antes del Senado por su mala conducta; y entonces era otra vez Pretor, como se acostumbra hacer con los que quieren recobrar la dignidad senatoria. Dícese que el apodo de Sura se le impuso con este motivo: en el tiempo de Sila era Cuestor, y perdió y dispó crecidas sumas de los fondos públicos; y como irritado Sila le pidiese cuentas en el Senado, presentándose con altanería y desvergüenza, dijo: que no estaba para dar cuentas, que lo que haria seria presentar la pierna, como lo ejecutan los muchachos cuando hacen faltas jugando á la pelota. De aqui le vino el llamarse Sura, porque los Romanos le dicen *Sura* á la pierna. Seguíasele otra vez una causa; y habiendo sobornado á algunos de los jueces, como saliese absuelto por solos dos votos mas, dijo que habia sido perdido lo que habia gastado en uno de los jueces, porque á él le habria bastado ser absuelto por uno mas. Siendo él tal por su caracter, despues de seducido por Catilina, acabaron de trastornarle con vanas esperanzas agoreros y embelecadores mentirosos, cantándole versos y oráculos forjados, como si fueran de las Sibilas; en los que se decia estar dispuesto por los hados que hubiera en Roma tres Cornelios Monarcas: habiéndose ya cumplido en dos el oráculo, en Cina y en Sila; y que ahora al tercer Cornelio que restaba venia su buen Genio, trayéndole la monarquía: por

tanto que debia apercibirse á recibirla, y no malograr la ocasion con dilaciones, como Catilina.

No era por tanto cosa de poca monta, ó que no hubiera de hacer ruido lo que meditaba Lentulo; pues que su resolucion era acabar con todo el Senado; y de los demas ciudadanos con cuantos pudiera, poniendo despues fuego á la ciudad, sin reservar ninguna otra persona que los hijos de Pompeyo; de los que se apoderarian, teniéndolos y guardándolos bajo sus órdenes, como rehenes para transigir con Pompeyo; porque ya se hablaba mucho y con bastante fundamento de que volvía del ejército grande. Habíase señalado para la ejecucion una de las noches de los Saturnales; y acopiando espadas, estopa y azufre, lo habian llevado todo á casa de Cetego, y allí lo tenian reservado. Estaban ademas prontos cien hombres, y partiendo en otros tantos distritos á Roma, á cada uno le habian asignado por suerte el suyo, para que siendo muchos á dar fuego, en breve tiempo ardiera por todas partes la ciudad. Estaban otros encargados de tapar y obstruir las cañerías, y de dar muerte á los aguadores. Mientras se formaban estos proyectos se hallaban en Roma dos embajadores de los Alobroges, gente entonces muy castigada, y que sufría muy mal el yugo. Pensando pues Cetego que estos podrian serle muy útiles para alborotar y sublevar la Galia, los hicieron de la conjuracion, dándoles cartas para aquel Senado y cartas para Catilina: las del Senado ofreciendo á aquel pueblo la libertad, y las de Catilina exhortándole á que diera libertad á los esclavos, y viniera sobre Roma. Enviaron con ellos á Catilina un tal Tito de Crotona para que llevara las cartas. Unos hombres como estos, inconsiderados, y que todas sus determinaciones las tomaban cargados de vino, y á presencia de mugerzuelas, las habian con Ciceron, hombre sóbrio, de gran juicio, y que por la ciudad

tenia muchos espías para observar lo que pasaba, y venir á referírselo. Fuera de esto, como hablase reservadamente con muchos de los que parecia tener parte en la conjuracion, y se fiase de ellos, tuvo conocimiento de las proposiciones hechas á aquellos extrangeros; y estando en acecho una noche, prendió al Crotoniata, y ocupó las cartas, auxiliándole encubiertamente los Alobroges.

A la mañana siguiente congregó el Senado en el templo de la Concordia, donde se leyeron las cartas y se examinó á los denunciadores; á lo que añadió Junio Silano que habia quien oyó de boca de Cetego que habian de morir tres Cónsules y cuatro Pretores; refiriendo esto mismo y otras particularidades Pison, varon consular. Envióse asimismo á la casa de Cetego á Cayo Sulpicio, uno de los Pretores, y encontró en ella muchos dardos y armas de toda especie, y muchas espadas y sables, todos recién afilados. Finalmente habiendo decretado el Senado la impunidad al Crotoniata si declaraba, denunciado y convencido Lentulo, renunció la magistratura, porque se hallaba de Pretor; y despojándose en el Senado mismo de la toga pretexta, tomó el vestido conveniente á su situación. Asi este como los que estaban con él fueron entregados á los Pretores para que sin prisiones los tuvieran en custodia. Era la hora de ponerse el sol; y estando en expectacion un numeroso pueblo, salió Ciceron, y dando cuenta á los ciudadanos de lo ocurrido, acompañado de gran gentío, se entró en la casa de un vecino y amigo; porque la suya la ocupaban las mugeres, celebrando con orgias y ritos arcanos á la Diosa que los Romanos llaman Bona, y los Griegos *Muliebre*. Sacrificasele cada año en la casa del Consul por su muger ó su madre con asistencia de las Vírgenes Vestales. Entrando pues Ciceron en la casa acompañado solamente de unos cuantos, se puso á pensar qué ha-

ria de aquellos hombres: porque la pena última correspondiente á tan graves crímenes se le resistia, y no se determinaba á imponerla por la bondad de su caracter; y tambien porque no pareciese que se dejaba arrebatar demasiado de su poder, y usaba de sumo rigor con unos hombres de las primeras familias, y que tenian en la ciudad amigos poderosos. Mas por otra parte si los trataba con blandura, temia el peligro que de ellos le amenazaba: pues que no se darian por contentos si se les imponia alguna pena, aunque no fuera la de muerte; sino que se arrojarian á todo, reforzada su perversidad antigua con el nuevo encóno; y ademas él mismo se acreditaba de cobarde y flojo, cuando ya no tenia opinion de muy resuelto.

Mientras Ciceron se hallaba combatido con estas dudas, las mugeres en el sacrificio que hacian observaron un portento: porque el ara, cuando parecia que el fuego estaba ya apagado, de la ceniza y de algunas cortezas quemadas levantó mucha y muy clara llama; de lo que las demas se mostraron asustadas; pero las sagradas Vírgenes dijeron á Terencia, muger de Ciceron, que fuera cuanto antes en busca de su marido, y le exhortara á poner por obra lo que tenia meditado en bien de la patria: habiendo dado la Diosa aquella gran luz en salud y gloria del mismo. Terencia, que por otra parte no era encogida ni cobarde por caracter, sino muger ambiciosa, y que como dice el mismo Ciceron, mas bien tomaba parte en los cuidados políticos del marido, que la daba á este en los negocios domésticos, marchó al punto á darle parte de lo sucedido, y lo acaloró contra los conspiradores; ejecutando lo mismo Quinto su hermano, y de los amigos que tenia con motivo de su estudio en la filosofia, Publio Nigidio, de cuyo consejo se valia principalmente en los asuntos políticos de importancia. Tratándose pues

al día siguiente en el Senado del castigo de los conjurados, Silano, que fue el primero á quien se preguntó su dictamen, dijo: que traídos á la cárcel deberían sufrir la última pena; y todos seguidamente se adhieron á él, hasta Cayo César, el que fue Dictador despues de estos sucesos. Era todavía joven, y estaba dando los primeros pasos para su acrecentamiento; más en su conducta pública y en sus esperanzas ya marchaba por aquella senda, por la que convirtió el gobierno de la república en monarquía. Ninguna sospecha tenían contra él los demas; y aunque á Ciceron no le faltaban motivos para ella, no habia dado asidero para que se le hiciera cargo, diciendo algunos que estando muy cerca de caer en la red, se habia escapado de ella; pero otros son de sentir que con conocimiento se desentendió Ciceron de la denuncia que contra él tenia por miedo de su poder y el de sus amigos: pues era cosa averiguada que mas bien se llevaria César tras sí á los otros para salud, que estos á César para castigo.

Llegada pues su vez de votar, levantándose, expresó que no se debía quitar la vida á los culpados; sino publicar sus bienes, y llevándolos á las ciudades de Italia que á Ciceron le pareciese, tenerlos en prision hasta que se hubiese acabado con Catilina. A este dictamen, benigno en sí, y esforzado por un hombre elocuente, le dió mayor valor Ciceron; porque levantándose, se propuso hacer de los dos uno, tomando parte del primero, y conviniendo en parte con César; y como todos sus amigos creyesen que á Ciceron le convenia mas adoptar el dictamen de César, porque habria menos motivo de queja contra él no quitando la vida á los reos, prefirieron esta segunda sentencia: tanto que reformó tambien su voto Silano, y le explicó diciendo que por última pena no habia querido entender la de muerte, puesto que para un Senador Romano lo era la cárcel. Da-

da por César esta sentencia, el primero que la contradijo fue Luctacio Catulo; y despues tomando la palabra Caton, como acriminase con vehemencia á César por las sospechas que contra él habia, excitó de tal modo la indignación del Senado, que condenaron á los culpados á muerte. En cuanto á la publicacion de los bienes se opuso César, diciendo no ser puesto en razon, pues que se habia desechado la parte benigna de su dictamen, que quisieran aplicar la de mayor rigor. Eran no obstante muchos los que en esto insistian; por lo que hizo llamar á los Tribunos de la plebe; y como estos no se prestasen á sostenerle, cedió Ciceron, y por sí mismo quitó la parte de la publicacion de los bienes.

Partió pues con el Senado en busca de los detenidos, que no estaban en una misma parte todos; sino que de los Pretores uno custodiaba á uno, y otro á otro. Lentulo fue el primero á quien trajeron del palacio por la via sacra y por medio de la plaza, cercado y custodiado por los primeros ciudadanos, estando el pueblo asombrado de lo que veia y presenciándolo en silencio: los jóvenes principalmente, como si se les iniciara en los misterios patrios de la potestad aristocrática, lo estaban mirando con miedo y con terror. Luego que hubieron pasado de la plaza y llegado á la cárcel, hizo entrega Ciceron de Lentulo al carcelero, y le mandó darle muerte; en seguida de este á Cetego, y del mismo modo trayendo á los demas, se les quitó la vida. Observando que todavía se hallaban reunidos en la plaza muchos de los conjurados, ignorantes de lo que pasaba, y esperando la noche para extraer á los detenidos, que todavía creian vivos y con bastante poder, les dirigió la palabra en voz alta diciéndoles: Vivieron: porque los Romanos para no usar de una voz que tienen á mal agüero, significan de este modo el haber muerto. Declinaba ya la tarde,

y por la plaza subió á su casa, acompañándole los ciudadanos, no ya en silencio ni guardando orden, sino recibéndole con voces y señales de aplauso los que se hallaban al paso, y dándole los nombres de salvador y fundador de la patria. Ilumináronse las calles; y los que estaban en las puertas sacaban faroles y antorchas. Las mugeres desde lo alto se mostraban por respeto y por deseo de ver al Consul, que subía con el brillante acompañamiento de los principales ciudadanos; muchos de los cuales habiendo acabado peligrosas guerras, entrado en triunfo y ganado para la república gran parte de la tierra y del mar, iban confesando de unos á otros que á muchos de sus generales y caudillos era deudor el pueblo Romano de riqueza, de despojos y de poder; pero de seguridad y salud á solo Ciceron, que lo habia sacado de tan grave peligro: no estando lo maravilloso en haber atajado tan criminales proyectos, sino en haber apagado la mayor conjuración que jamas hubiese habido con tan poca sangre y sin alboroto ni tumulto. Porque la mayor parte de los que habian ido á reunirse con Catilina apenas supieron lo ocurrido con Lentulo y Cetego, lo abandonaron y huyeron; y combatiendo contra Antonio con los que le habian quedado, él y el ejército fueron deshechos.

No obstante esto no dejaba de haber algunos que se preparaban á molestar á Ciceron de obra y de palabra por los pasados sucesos; al frente de los cuales estaban los que habian de entrar en las magistraturas; César que iba á ser Pretor, y Metelo y Bestia, Tribunos de la plebe. Posesionáronse estos en sus cargos cuando todavía Ciceron habia de egercer el consulado por algunos dias, y no le dejaron aringar al pueblo; sino que poniendo sillas en la tribuna, no le dieron lugar ni se lo permitieron, como no fuera solamente para renunciar y abjurar el con-

sulado si queria, bajándose luego. Presentóse pues como para renunciar, y prestándole todos silencio, hizo, no el juramento patrio y acostumbrado en tales casos, sino otro particular y nuevo: que juraba haber salvado la patria y afirmado la república; y este mismo juramento hizo con él todo el pueblo. Irritados mas con esto César y los Tribunos, pensaron cómo suscitar nuevos disgustos á Ciceron; para lo cual dieron una ley llamando á Pompeyo con su ejército, á fin de destruir, decian, la dominación de Ciceron; pero era para este y para toda la república de grandísima utilidad el que se hallase de Tribuno de la plebe Caton, para contrarrestar los intentos de aquellos con igual autoridad y con mayor reputación; porque facilmente los desbarató, y en sus discursos al pueblo ensalzó de tal modo el consulado de Ciceron, que se le decretaron los mayores honores que nunca se habian concedido, y se le llamó públicamente padre de la patria; siendo él el primero á quien parece haberse dispensado este honor, por haberle así apellidado Caton ante todo el pueblo.

Grande fue entonces su poder en la ciudad; mas sin embargo se atrajo la envidia de muchos, no por ningun hecho malo, sino causando cierto disgusto é incomodidad con estar siempre alabándose y ensalzándose á sí mismo: porque no se entraba en el Senado, en la junta pública, en los tribunales, sin oír continuamente hablar de Catilina y de Lentulo. Sus mismos libros y todos sus escritos estan llenos de elogios propios: asi es que aun su misma dición, que era dulcísima y tenía mucha gracia, la hizo odiosa y pesada á los oyentes, por ir siempre acompañada de este fastidio como de un resabio inevitable. Mas sin embargo de estar sujeto á esta desmedida ambición, vivió libre de envidiar á nadie, acreditándose del menos envidioso con tributar elogios á todos los hombres grandes que le habian precedido, y

á los de su edad, como se ve por sus escritos; conservándose la memoria de muchos: como por ejemplo, decía de Aristóteles que era un rio con raudales de oro; de los diálogos de Platon, que si Júpiter usara de la palabra, hablaría de aquella manera; y á Teofrasto solía llamarle sus delicias. Preguntado cuál de las oraciones de Demóstenes le parecía la mejor, respondió que la mas larga. No obstante algunos de los que afectan demostenizar, le achacan haber dicho en carta á uno de sus amigos que alguna vez dormito Demóstenes; y no se acuerdan de los continuos y grandes elogios que hace de este hombre insigne; y de que á las mas estudiadas y mas vehementes de sus oraciones, que son las que dijo contra Antonio, las intituló filípicas. De los hombres que en su tiempo tuvieron fama, ó por la elocuencia ó por la sabiduría, no hubo ninguno al que no hubiese hecho mas ilustre hablando ó escribiendo con sinceridad de cada uno. Para Cratipo el Peripatético alcanzó que se le hiciera ciudadano Romano, siendo ya Dictador César; y obtuvo para el mismo que el Areopago decretara y le rogara permaneciese en Atenas para formar la juventud, siendo el ornamento de aquella ciudad. Existen cartas de Ciceron á Herodes, y otras á su propio hijo, encargándoles cultivaran la filosofía con Cratipo. Noticioso de que el orador Gorgias inclinaba á este jóven á los placeres y á las comilonas, le previno que se separara de su trato. Esta carta primera de las Griegas, y la segunda á Pelope de Bizancio, parece haber sido las únicas que se escribieron con enfado: en cuanto á Gorgias con razon, culpándole de ser vicioso y disipado, como parece haberlo sido; pero en cuanto á Pelope con pequeñez de ánimo y con ambicion pueril, quejándose de que no hubiera puesto bastante diligencia para que los Bizantinos le decretaran ciertos honores.

De todo esto era causa su vanidad, y tambien de que acalorado en el decir, se olvidara á veces del decoro. Porque defendió en una ocasion á Numacio; y como este despues de absuelto persiguiese á un amigo de Ciceron llamado Sabino, se dejó arrebatarse de la cólera hasta el punto de decir: ¿la absolucion de aquella causa, ó Numacio, la conseguiste tú por tí, ó porque yo cubrí de sombras la luz ante los jueces? Elogiando á Marco Craso en la tribuna con grande aplauso del pueblo, al cabo de algunos dias le maltrató en el mismo sitio; y como aquel dijese: ¿pues no me alabaste poco há? sí, repuso; pero fue para egercitar la elocuencia en una mala causa. Dijo Craso en una ocasion que en Roma ninguno de los Crasos habia alargado su vida mas allá de los sesenta años; y como despues lo negase con esta expresion: yo no sé en qué pude pensar cuando tal dije: sabias, le replicó, que los Romanos lo oian con gusto, y quisiste hacer del popular. Dijo tambien Craso que le gustaban los Estóicos por ser una de sus opiniones que el hombre sabio y bueno era rico: y mira no sea, le replicó, porque dicen que todo es del sabio; aludiendo á la opinion que de avaro tenia Craso. Pareciase el uno de los hijos de este á un tal Axio, y por esta causa corrían rumores contrarios á la madre de trato con Axio; y como aquel jóven hubiese recibido aplausos hablando en el Senado, preguntado Ciceron qué le parecía, respondió en Griego: *ὄλιος Κράσος*, que puede ser digno de Craso, ó el Axio de Craso.

A pesar de esto cuando Craso partió para la Siria, queriendo mas tener á Ciceron por amigo que por enemigo, le habló con afecto; y le manifestó deseo de cenar un dia con él, en lo que Ciceron significó tener mucho placer. De allí á pocos dias le hablaron algunos amigos acerca de Vatinio, insinuándole que deseaba ponerse bien con él; y entrar en su amistad,

porque era enemigo; á lo que les contestó: ¿pues qué quiere tambien Vatinio venir á cenar á mi casa? Esta era la disposicion de su ánimo respecto de Craso. Tenia Vatinio lamparones en el cuello, y como hablase en una causa, le llamó orador hinchado. Oyó que habia muerto; y sabiendo despues de cierto que vivia: mala muerte le dé Dios, dijo, al que tan mal ha mentido. Habia decretado César repartir tierras en la Campania á los soldados, lo que era en el Senado muy desagradable á muchos; y Lucio Gelio, ya muy anciano, exclamó: que eso no seria viviendo él; á lo que dijo Ciceron: esperemos pues, porque el término que pide Gelio no puede ir largo. Habia un tal Octavio, de quien se susurraba que era de Africa, y hablando Ciceron en causa contra él, como dijese que no le oia: pues á fe, le replicó, que tienes agujeradas las orejas. Diciéndole Metelo Nepote que mas eran los que habia perdido dando testimonio contra ellos que los que habia salvado con sus defensas: confieso, le contestó, que en mí hay mas crédito y fe que elocuencia. Era infamado cierto jóven de haber dado veneno á su padre en un pastel, y como se jactase de que habia de llenar á Ciceron de desvergüenzas: mas quiero eso de tí, respondió, que tus pasteles. Tomóle Publio Sextio con otros por defensor en una causa, y como él se lo quisiese hablar todo, sin dar lugar á nadie, viendole que iba á ser absuelto, porque ya se habia empezado á votar: aprovéchate hoy del tiempo, le dijo, ó Sextio, porque mañana ya serás un particular. Habia un Publio Cota que queria pasar por jurisconsulto siendo necio y sin talento: llamóle por testigo para una causa, y como respondiese que nada sabia: ¿crees acaso, le dijo, que te se pregunta de leyes? En una disputa con Metelo Nepote le preguntó este muchas veces, ¿quién es tu padre, Ciceron? y el por fin le dijo: esta respuesta te la ha he-

cho á tí mas dificultosa tu madre: porque parecia haber sido un poco desenvuelta la madre de Nepote, asi como él era inconstante: pues renunciando repentinamente el tribunado de la plebe, hizo viage por mar en busca de Pompeyo; y despues se volvió de un modo mas extraño todavía. Hizo con magnificencia el entierro de su preceptor Filagro, y puso sobre su sepulcro un cuervo de piedra; sobre lo que le dijo Ciceron que habia andado muy cuerdo; pues mas le habia enseñado á volar que á decir. Marco Apio dijo en el exordio de una causa que su amigo le habia pedido que pusiera en ella cuidado, facundia y fe; á lo que le dijo Ciceron: ¿y eres un hombre tan de corazon de acero que no has de haber hecho nada de lo que te ha pedido tu amigo?

El usar en las causas de estos dichos mordaces y picantes contra los enemigos y contrarios pasa por parte de la oratoria; pero el ofender á cuantos se le presentaban por parecer chistoso le hizo odioso á muchos. A Marco Aquilio, que tenia dos yernos desterrados, le llamaba Adrasto. Siendo censor Lucio Cota, que era notado de gustar demasiado del vino, pedia Ciceron el consulado, y habiéndole dado sed en la plaza, como se le pusiesen alrededor los amigos mientras bebia: teneis razon en temer, les dijo, no sea que el Censor se vuelva contra mí si ve que bebo agua. Encontrándose con Voconio, que iba acompañando tres hijas muy feas, le aplicó este verso: *Contra me non est invidia*

Contrario tuvo á Febo este al ser padre. Habia contra Marco Gelio la opinion de que no era hijo de padres ingenuos, y como en el Senado se esforzase á leer con una voz muy alta y muy clara: no os admireis, dijo, porque es de los que pregonan. Cuando Fausto, hijo de Sila el tirano, que proscribió á muchos á muerte, oprimido de sus deudas por haber malgastado su hacienda, publicó la lista de sus

bienes: mas me gusta esta lista, dijo Ciceron, que las de su padre.

Con estas cosas era molesto á muchos; y á este tiempo Clodio y su faccion se declararon sus enemigos con este motivo. Era Clodio de una de las primeras familias, en los años jóven, y en el ánimo osado y temerario. Teniendo amores con Pompeya, muger de César, se introdujo ocultamente en su casa disfrazándose con el vestido y demas adornos de una cantatriz. Celebraban las mugeres aquella fiesta y sacrificio arcano, nunca visto de los hombres en casa de César, y no podía ser admitido ningun varon; pero siendo todavía Clodio mocito, que aun no tenia barba, esperó que podria quedar desconocido llegando con las mugeres hasta donde estaba Pompeya; mas habiendo entrado de noche en una casa grande, se perdió en los corredores; y habiéndole visto andar desatentado una sirviente de Aurelia, madre de César, le preguntó su nombre. Preciado á hablar y diciendo que buscaba á Abra, criada de Pompeya, conociendo aquella que la voz no era femenil, gritó y empezó á llamar á las mugeres. Cerraron estas las puertas, y registrándolo todo, encontraron á Clodio que se habia guarecido en el cuarto de la criada, con quien habia entrado. Hízose público el suceso; César repudió á Pompeya; y á Clodio se le formó causa de impiedad.

Ciceron era amigo suyo, y en las diligencias relativas á la conjuracion de Catilina se habia hallado este á su lado, y le habia prestado auxilio; pero haciendo consistir toda su defensa contra la acusación de aquel crimen en no haberse hallado en Roma al tiempo en que se decia cometido, sino ocupado fuera de la ciudad en unas posesiones distantes, dió Ciceron testimonio contra él, diciendo que habia estado á buscarle en su casa, y le habia hablado de ciertos negocios; y así era la verdad. Mas con todo no

parecia que habia declarado en esta forma precisamente por amor á la verdad, sino por ponerse en buen lugar con su muger Terencia; á causa de que miraba esta con aversion á Clodio por Clodia su hermana, de la que se decia aspiraba á casarse con Ciceron, dando pasos para ello por medio de un cierto Tulo, que era de los amigos mas estimados de Ciceron; y yendo continuamente á casa de Clodia, y obsequiándole esta, como no viviese lejos, dió á Terencia motivos de sospecha; y siendo esta de genio fuerte y dominando á Ciceron, lo precisó á ponerse en oposicion con Clodio, y á atestiguar contra él. Declararon ademas contra Clodio muchos de los primeros y mejores ciudadanos, deponiendo de sus perjuros, de sus suplantaciones de testamentos, de sus sobornos y de sus adulterios. Luculo produjo unas esclavas como testigos de que Clodio habia tenido trato inhonesto con la mas joven de sus hermanas mientras estaba enlazada con el mismo Luculo; y corria muy valida la opinion de que le tenia con las otras dos hermanas; de las cuales Terencia estaba casada con Marcio Rex, y Clodia con Metelo Celer. Dábanle á esta el sobrenombre de Cuadrancia, porque uno de sus amantes, habiendo püesto en un bolsillo unas piezas de bronce, se las envió queriendo hacerlas pasar por plata; y á la moneda mas pequeña de bronce le llamaban cuadrante; y por esta hermana era por la que mas se hablaba de Clodio. Mas á pesar de todo esto el pueblo se puso entonces de parte de Clodio y contra los testigos y acusadores; por lo cual entrando en temor los jueces, pusieron guardias, y la mayor parte echaron las tablas con las letras borradas y confusas. Sin embargo pareció que eran mas los que absolvian; y se dijo tambien que habia intervenido soborno: así es que Catulo, acercándose á los jueces: vosotros, les dijo, con verdad habeis pedido la guardia para vuestra seguridad, no fuera que algu-

no os quitara el dinero. Ciceron, diciéndole Clodio que su testimonio no había merecido fe á los jueces: antes, le respondió, á mí me han creído veinte y cinco de ellos; porque estos han sido los que te han condenado; y á tí no te han creído treinta, porque no te han absuelto hasta que han recibido el dinero. César, llamado como testigo, no declaró contra Clodio, ni dijo que su muger fuese culpada de adulterio; sino que la había repudiado, porque el matrimonio de César debía estar puro, no solo de la menor accion fea, sino hasta de las sospechas.

Habiendo salido Clodio de aquel peligro, elegido Tribuno de la plebe, al punto la tomó con Ciceron; excitando y moviendo todos los negocios y todos los hombres contra él: porque procuró ganarse á la muchedumbre con leyes populares; y á uno y á otro Consúl les decretó grandes provincias: á Pison la Macedonia y á Gabinio la Siria. A muchos de escasa fortuna los asoció á sus miras, y tenía siempre á su lado esclavos armados. De los tres que gozaban del mayor poder entonces en Roma, como Craso estuviese en oposicion con Ciceron y le hiciese la guerra, Pompeyo quisiese estar bien con ambos, y César hubiese de partir á la Galia con ejército, Ciceron se bajó á este, sin embargo de que en vez de ser su amigo le era sospechoso desde los sucesos de Catilina, y le rogó que le llevase de legado á la provincia. Concediósele César; y Clodio viendo que Ciceron iba á ponerse fuera de su tribunado, fingió que estaba dispuesto á hacer amistades, y valiéndose de los medios de echar la culpa á Terencia de lo pasado; de hablar siempre de él; de saludarle con afabilidad, como pudiera hacerlo quien no le aborreciera ni estuviera indispuerto con él, quejándose solamente con palabras benignas y amistosas, logró quitarle enteramente el miedo, hasta el punto de desistir de su pretension con César, y volver al manejo de los nego-

cios públicos; de lo que resentido César, dió ánimo á Clodio y apartó á Pompeyo enteramente de Ciceron; y aun declaró con juramento ante el pueblo parecerle que no se había dado justa y legalmente la muerte á Lentulo y Cetego, no habiendo sido antes juzgados: porque este era el cargo y esta la acusacion que á Ciceron se hacia. Constituido pues reo, y perseguido como tal, mudó el vestido, y dejando crecer el cabello, rodaba por la ciudad implorando la clemencia del pueblo. Mas por do quiera se le aparecía en todas las calles Clodio, llevando consigo hombres desvergonzados y atrevidos, que insultando á Ciceron descaradamente por la situacion y trage en que se veia, y tirándole en muchas ocasiones lodo y piedras, se empeñaban en interrumpir y estorbar sus súplicas.

No obstante estos esfuerzos de Clodio, casi todo el orden ecuestre mudó tambien de vestido, y hasta veinte mil jóvenes le seguian, dejándose crecer el cabello, y acompañándole en sus ruegos. Congregado despues el Senado con el objeto de hacer decretar que se mudaran los vestidos al modo que en un duelo público, como lo repugnasen los Cónsules, y Clodio corriese con hombres armados á la curia, se salieron de ella muchos de los Senadores, rasgando sus ropas y mostrándose indignados. Cuando se vió que aquel triste aspecto no excitó ni la compasion ni la vergüenza, y que era preciso, ó que Ciceron se fuera desterrado, ó que contendiera con las armas con Clodio, recurrió aquel á implorar el auxilio de Pompeyo, que de intento se había retirado, yéndose á la posesion que tenía junto al monte Albano. Para esto envió primero á su yerno Pison, á fin de que intercediese con él; y despues subió el mismo Ciceron. Cuando lo supo Pompeyo no pudo sufrir que se le presentara, poseido de una gran vergüenza, al considerar que Ciceron había sostenido en la república por él gran-